

vida de su soberano. El regreso lo es también por la ruta acostumbrada siglos y siglos: Lencería, Cantón de la Purísima, Plazuela de San Pedro, Frenaría, Puerta del Sol y Arrenal.

Al domingo siguiente, nueve de septiembre, acabadas ya las ceremonias fúnebres de carácter civil, se rinden al alma de Fernando las póstumas honras religiosas en funeral solemne que se celebró en nuestra Catedral, ante un suntuoso túmulo no inferior, en magnificencia, al de Artemisa.

Un poeta anónimo apostrofó a la muerte:

Detente, de tropos fiera
porque tan inhumana
quieres cortar el hilo
mucho más relevante que el de Ariadna.

Cuando en el púlpito se apagó la voz del Deán que había enaltecido elocuentemente las virtudes y prendas del soberano difunto, y abandonaron el templo las Corporaciones y Cofradías y el público que había llenado sus naves, y dejó Murcia bien cumplido su deber de ciudad amante de sus reyes, llorosa y acongojada por sus desgracias, «se dió licencia a la tristeza para retirarse», y a la alegría para que se pudiera exteriorizar en los festejos y regocijos para proclamar al nuevo rey que sucedía al que la Parca se llevó. Y como las cosas grandes, nos dicen los cronistas, «ni la naturaleza las obras de repente», comenzaron los señores de la ciudad sus asambleas y deliberaciones, encaminadas a ordenar, con el mayor empaque y señoría, sin detenerse ni en gastos ni en dificultades, los actos con que había de solemnizarse la jura de obediencia de Murcia a su nuevo soberano.

Y se despliega, en erudito alarde, el ingenio de quienes nos relatan estos sucesos, para rodear de misteriosas circunstancias y enaltecer la decisión de los Regidores al acordar dedicar siete días a los festejos, al elegir para ello el mes de noviembre,

